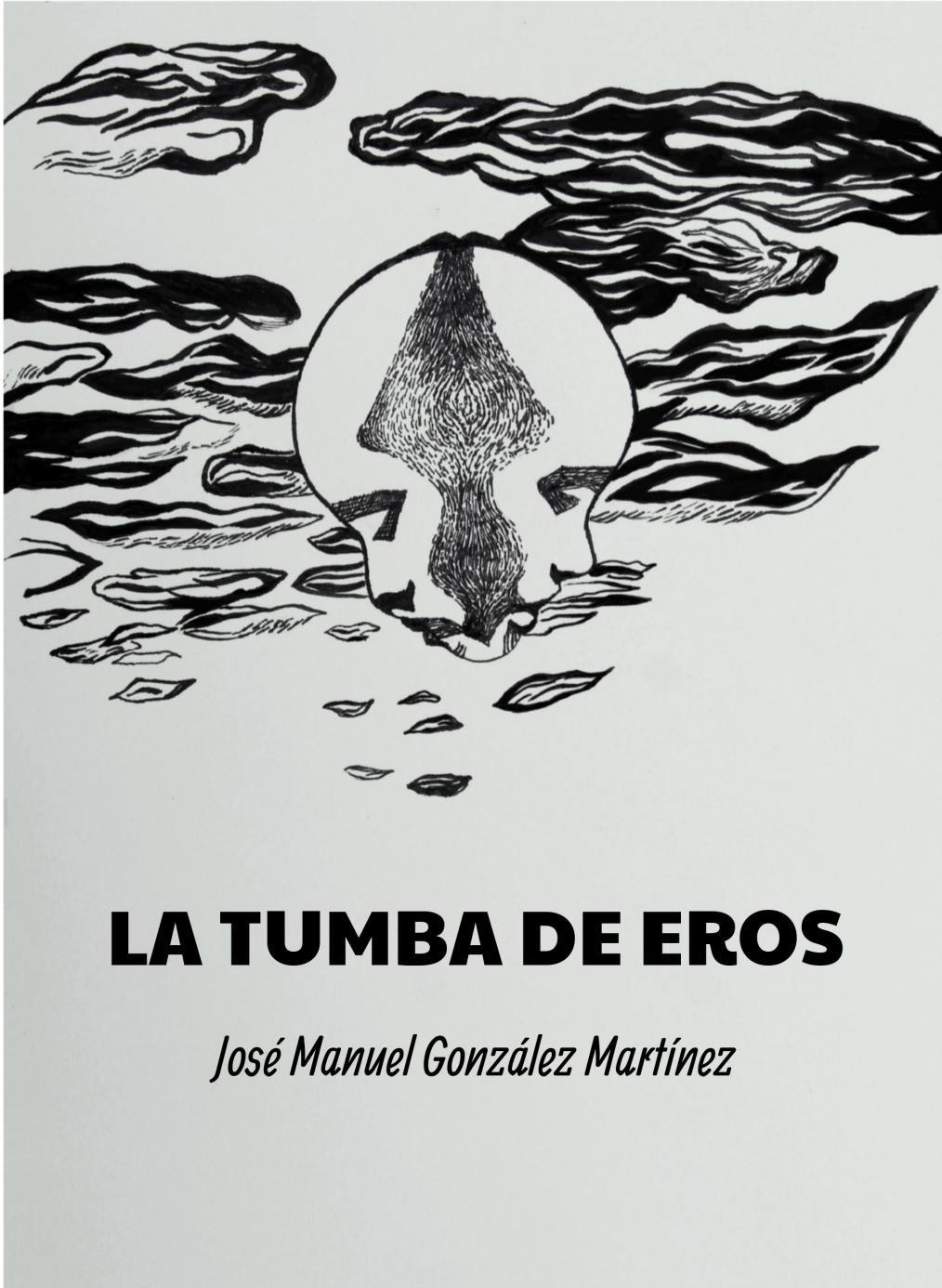


La tumba de Eros

José Manuel González Martínez



Capítulo 1

VOTOS

Cuando ya no queden mares,
ni ríos sobre la tierra,
yo me volveré agua
para ti.



Capítulo 2

SOLOS,
en la mitad de la noche,
somos como ciegos.
Te palpo,
me palpas,
y nuestras sombras
se pierden
en la totalidad del cielo.

Capítulo 3

SOL DE LOS ESPEJOS

Verte,
nítida y desnuda,
volviendo a ti
a través de ese pétalo del tiempo,
desgarrando el sudario de la noche,
como si hubiera llegado la hora de caer en tu alma,
solo para calmar la sed de tus ojos
que buscan extrañamente
ir tras ese velo
donde la muerte
se convierte en el alba de la carne.

Capítulo 4

SENTADO junto a la puerta,
dejo que el frío toque mi rostro,
uno al que no puedo ver
y que pesa como un sol muerto.

Aun así,
la oscuridad no me ha destruido,
pues cuando tu voz me llama
puedo escuchar al mar murmurando el día de mi nacimiento.

Noche tras noche,
cuando estamos cerca,
palpo
en tu corazón
la flama de la luna,
y me doy cuenta
de que la luz
es solo
la distancia entre tú y yo.

Capítulo 5

LA MÉTRICA DEL FUEGO

Ahora que los números han llorado sangre,
y que la locura ha desgarrado un velo santo,
voy hacia tu corazón, hacia el oro de los símbolos,
en donde se mezcla la rosa y el hielo
y crece la manzana del delirio.

Allí, sobre tus páramos mortales,
ora una multitud de yeguas blancas
que escriben con la tinta de un cuchillo
al mar con sus rompientes de topacio
que arroja las cenizas del lenguaje
y quiebra el esqueleto de los mirlos.

Ahora que mi mente roba el sol
y bebe la tiniebla de tus signos,
puedo nombrar de nuevo ciertas cosas,
por ejemplo: a la luz le digo lágrima
y al anturio le llamo el latido de los niños.

Entonces...

canta la noche sobre la boca de los muertos,
canta la lengua de los glaciares encendidos
y se deshiela por debajo de nuestras sábanas
la carne danburita de la luna.

Capítulo 6

PIENSO en tus ojos cegados y en tu boca que mana la sed de los relámpagos,

en tu pecho vulnerable como un vórtice de pétalos,

y en el tumulto de sauces que desatan tus cabellos.

Pienso en tu piel que nace como un desfiladero de soles insaciables,

en donde tus manos y mis manos se vuelven una sucesión de amaneceres.

Pienso en tu corazón escurriendo el rocío de un fuego tan intenso como la locura,

y en una multitud de pájaros alabando tu carne.

Pienso en el mar ardiente de tu pubis reflejando el rumbo de los astros implacables,

en tu espalda y su beso de ónix que comulga con las lenguas ebrias del abismo,

y en tus piernas en donde se hunde el torrente lunar de los espejos.

Pienso y de pronto surges,

vestida del rugido de la muerte,

como una explosión de ríos intangibles,

arrastrando contigo los casquetes de lava que nos llevan a las cimas del olvido,

y que nos dejan abandonados,
solos y devorados por nuestros instintos, siendo ecos uno del otro,
mientras dejamos caer sobre la tierra
la ilusión más cruda de lo eterno.

Capítulo 7

CONTIGO

un beso

tiene el mismo peso

que la muerte.



Capítulo 8

RUGE la novia del océano,
blanca y con velos que ocultan los eclipses,

es como una rosa que se mata antes del amanecer,

arrojando pétalos sobre el horizonte,

y arde
como una yegua embriagada
con la sangre de las resurrecciones,
embistiendo a las orillas
en un intento por parir tumbas y navajas.

Capítulo 9

RECUERDO aquellos tiempos
afuera de la casa,
cuando el árbol separó
la inocencia de la muerte.
Venían aves a beber
sangre y miel de nuestras flores,
y todo era equilibrio,
sin futuro, ni nostalgias,
solo risa y plenitud.

Cierto,
fue el día en que tuvimos
el cielo en la ventana;
en ella entró la luz
a deslumbrar toda tu lengua
y el sol se trasformó
en esa fruta
que nuestra infancia devoró.

Recuerdo cómo el aire
rezaba en tus cabellos,

con esa tenue paz
nacida de las aguas.

Era el tiempo de los mirlos
y del adagio de sus plumas,
y así hecha de canto,
el viento te tocaba
para sentir la eternidad.

Añoro aquellos besos que nos dimos a escondidas,
cuyo brillo bautizaba el danzar de los oleajes,
besos que llevaban
a vetustos horizontes
donde cada barca, cada pez —te aseguro—,
descansaban como un pétalo del mar.

Y cómo olvidar el aroma de la tierra mojada por la lluvia,
aroma semejante a un gorrión hecho de nácar,
tan leve y metafísico
como el soplo de tu aliento
tendido en mi conciencia
con dulce gelidez.

Recuerdo que cazábamos mariposas en el patio,
alas verdes y amarillas poblaban nuestras manos,
y en los frascos sin oxígeno
descansaba su aleteo.

Jamás pudimos conservar algún vestigio de esa época,
todas se morían,
quizá por su naturaleza o tal vez por nuestros juegos.

A veces las encerrabas adentro de tu boca,
para llenar el hambre y tu falta de palabras,
las encerrabas hasta el fondo
para conservarlas
y después las expulsabas como pétalos;
mientras —sin saberlo— al otro lado del planeta,
el mar daba a luz a una nueva ola
un muerto despertaba
y colapsaba
un témpano de hielo.

Y hoy,
regresa tu mirada,
tan íntima y brillante

como el diván de las Centauris,
llenas de plata derramada,
que lava cada noche
el rostro de los ciegos.

Nada permanece
y ahora puedo decir:
Eres toda alteridad.

Porque créeme,
sin ti, esta casa,
solo trae mil olas de un suspiro,
y llena de sed mi corazón
que busca como un toro
beber el agua de tu ser.

Y lloro,
hasta llegar a ese mar de sangre fría,
allí, donde fluye la voz del equilibrio
y brotan infinitos horizontes
que conservan tu sagrada geometría.

Lloro, entono mi alma,
para que nazca una rosa transparente,
sin olor y sin premura,
justo en el borde del cristal,
como si fuera un piano de niebla
o el primer beso entre dos niños.

Lloro,
calmo mi sed con el átomo del ángel,
para que surja en mi garganta
el rayo luminoso del rocío
y me precipite
en el hondo sueño de la nada,
porque el amor
es un vaso que derrama fuego y agua.

Y me pregunto:
¿Qué hacer con estos
juguetes viejos?
¿con estas velas fundidas
y este espejo sin llave
que está listo para abrirse
como una ventana
donde se materializa la belleza?

la belleza ciega como la luna
que endulza las fuentes
y que busca retornar a la adolescencia
donde todo se convierte en un eclipse que no cesa.



Capítulo 10

CUANDO hablaba contigo,
te repetía que la lluvia había inundado mis recuerdos,
que cada noche me sentía como si fuera un niño ciego.

Y tú solo me mirabas,
para darme la luz de las ventanas
y aquel juego de caricias
que inventamos bajo la sombra de los fresnos.

Así fue nuestra infancia,
poblada de risas y de fuego,
con un amor
más puro que el agua que corre por los ríos de los sueños,
donde nace el fruto de los astros y la luna de las ágatas.

Pero hoy es más fría la sangre que fluye por mi cuerpo,
porque han pasado años
desde que nos dimos el último de nuestros besos,
y porque poco a poco he olvidado el nombre de las cosas,
que ahora llamo cielo a lo que en realidad es un espejo
y mar a los patios abandonados.

Aun así, no he olvidado tu nombre,
uno que levanta mis párpados cansados,
y que me da la fuerza para vivir otra mañana,
tu nombre que se desprende como un pétalo del alma,
desconocido a veces,
como si tras de su velo estuviera oculto un nido de gorriones;
dulce como la ceniza de las naranjas
y eterno como una casa
donde todas las puertas y ventanas
se abren para que yo entre.

Capítulo 11

VEN,

hoy la noche tiembla

y mi alma no reconoce otra sombra que la tuya,

quiero que bebas de mi corazón,

quiero que bebas de esta casa iluminada que es la luna

y que te quedes a ver

cómo el ónix teje nuestro sueño.

Si vienes,

olvidaré el mar, olvidaré el fuego,

y todo se perderá en nuestras manos

que darán forma a lo irreal

y que lentamente exhumarán a nuestros cuerpos.

Capítulo 12

SIÉNTATE a mi lado,
aún hay frío en las paredes,
y un rocío que viene de la muerte
inunda las ventanas,
por eso es necesario que retornes,
para sentir de nuevo el sol en bruto
y así volver al cálido abismo que habita debajo de nosotros.



Capítulo 13

QUIERO sentir tus labios
y hacer de nuestro hálito un pan lleno de plata
donde se repita el ritmo extasiado de las costas
y fructifiquen cientos de caricias y rompientes
que viajen a novecientos mil trescientos km/h.

Porque al estar juntos,
nuestros dedos dibujan los panales del trueno,
tan dulces
que empalagan con su miel a nuestras pieles.

Porque al estar juntos,
se fragua en tu vientre un puñado de azucenas,
y el vuelo de las aves es movido por tu voz.

Capítulo 14

¡QUÉ HERMOSO es tu cabello!
su fragancia a yerba oscura,
su forma que semeja a un río lacio y puro
me invita a tocarlo siempre,
a sentir cómo se quema la noche,
y cómo danza la lumbre negra entre mis manos.

Capítulo 15

NO digas nada,
sé muy bien lo que se espera del amor:
las costillas, la carne, un soplo de polvo
tan dulce y verosímil
que termina por hacerte creer que la muerte no existe;
pero eso no es lo que busco,
lo que yo necesito es tu corazón,
con su sangre
crepitando tan fuerte
que me lleve a conocer el sonido de un fluir eterno.

Capítulo 16

¿RECUERDAS cuando viniste por primera vez?

hermética y sensible,

capaz de clavar tus labios en las llamas

al igual que un féretro escarlata

busca sepultar

un avispero.

Y de pronto,

te acercaste a mí, riéndote y añejando mi mirada,

arrebatando poco a poco mi boca,

llenándola de óleos y matices,

como si un pozo me tragara,

como si un león de menta devorara mi lengua y mis entrañas.

Capítulo 17

TU FUERTE olor a sal y a fruta,
desnudaba a los espejos,
y revelaba de esta forma a nuestros cuerpos
que combatían a las tardes autumnales,
deshojando con nuestra unión a una vorágine absoluta.

Capítulo 18

LO SÉ,
ya antes he soportado tu ausencia,
ya antes he probado lo que es naufragar en el infierno
y derramar lágrimas de luz,
como si estas fueran la sangre de los peces
o el lenguaje de los niños,
aun así, pido que te quedes,
para amarnos
y verter sobre nosotros
un licor denso, que nos ilumine por dentro y por fuera,
y que haga de nuestra respiración
una horda de pájaros azules
en donde el viento evapora su voz,
para así migrar al horizonte
hasta arder junto al fuselaje del cielo
a mil quinientos ° Celsius.

Capítulo 19

MIENTRAS las horas cierran sus corazones,
y el sol abre las cicatrices más profundas,
yo voy hacia la banca donde siempre aparecías,
a llenar tu recuerdo con el aroma de las nueces,
y a escuchar en el mar nuestras más viejas conversaciones.

Porque después de que te fuiste,
las llaves ya no sirven para abrir las cerraduras
de aquella casa triste, de aquella luna fría
en donde nuestros labios aprendieron el idioma de los peces,
y embriagaron a los oídos de las uvas
y a la oscura rosa que es la piedra.

Por eso pongo sobre esta soledad la oración que siempre repetías,
una que pedía por la lluvia y por un río lleno de puras golondrinas,
la digo en voz muy baja, como si pudiera sentirte detrás de mis palabras.

Te amé,
contigo supe que el océano tiene su propia primavera,
y que sus flores son las olas más hermosas.

Ahora que no estás,
yo solo espero aquí sentado
y trato de encontrar en el amanecer
a nuestros cuerpos abrazados
por última vez.

Capítulo 20

AÚN puedo sentir tu voz,
en el parque donde crece un árbol de duraznos,
en la orilla del río donde pasabas el verano,
sigue tan dulce
como la muerte de los mirlos,
cercana y refulgente como el galope de los astros.

Quisiera tomarla, volverla tangible,
sentir esa revolución de soles que se genera con su tacto,
e ir a horizontes que me lleven fuera de mí.

En esta hora,
me basta con abrir los ojos o cerrarlos
para palpar tu boca cantante de crepúsculos,
tu boca donde florecen los truenos y los nardos.

De esta manera,
me alejo de las cosas reales
y descubro la oscuridad y los límites del mundo,
de esta manera,
detengo con tu aliento

las imperfecciones del cielo

y creo con tus labios

una tumba para Eros.



Capítulo 21

LA TUMBA DE EROS

Autor: José Manuel González Martínez.

Ilustraciones: Olivia Dantán.